



Franz Jalics

EJERCICIOS DE CONTEMPLACIÓN

EDICIONES
SÍGUEME

Franz Jalics

Nace en Budapest el año 1927. Tras la Segunda Guerra Mundial ingresa en la Compañía de Jesús. A finales de los años cincuenta trabaja como profesor de teología dogmática y teología fundamental en Chile y Argentina. Desde 1963 se dedica a dirigir Ejercicios espirituales, primero en Argentina, después en Estados Unidos y Alemania.

Jalics se propone enseñar a llevar una vida contemplativa. En particular, considera que la oración de Jesús es el camino accesible para llegar a la contemplación en la vida cotidiana. Entre sus obras podemos citar *Aprendiendo a orar*, *Aprendiendo a compartir la fe*, *Cambios en la fe* y *El encuentro con Dios*, publicados en 1984, y *Der kontemplative Weg*, 2006.



NUEVA ALIANZA

142

FRANZ JALICS

EJERCICIOS DE CONTEMPLACIÓN

Introducción a la vida contemplativa
y a la invocación de Jesús

CUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2017

Imagen de cubierta: Acuarela de José María de la Torre, 1971

Tradujeron Beatriz Romero y Helga Heineken
sobre el original alemán *Kontemplative Exerzitien: Eine Einführung
in die kontemplative Lebenshaltung und in das Jesusgebet*

© Echter Verlag, Würzburg ¹1994

© Ediciones Sigueme S.A.U., 1998

C/ García Tejado 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1330-9

Depósito legal: S. 356-2017

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
1. EL PRIMER TIEMPO: ¿Qué son los ejercicios?	25
2. EL SEGUNDO TIEMPO: La relación triple	49
3. EL TERCER TIEMPO: La referencia a uno mismo y la referencia de Dios	77
4. EL CUARTO TIEMPO: La contemplación y el vaciarse	107
5. EL QUINTO TIEMPO: La redención	139
6. EL SEXTO TIEMPO: La disposición para el sufrimiento	173
7. EL SÉPTIMO TIEMPO: La orientación hacia Dios	205
8. EL OCTAVO TIEMPO: El perdón	235
9. EL NOVENO TIEMPO: El nombre de Jesucristo	261
10. EL DÉCIMO TIEMPO: El regreso a la vida cotidiana	287
<i>Índice general</i>	317

El quinto tiempo



1. *Alocución: la redención*

a) *El secuestro*

Durante un largo secuestro que viví, hice un importante proceso interior que nos ayudará a comprender cómo se produce la redención por medio de los ejercicios espirituales.

Era la época de la guerra civil entre agrupaciones de extrema derecha y extrema izquierda de la sociedad argentina; los estudiantes universitarios estaban muy alborotados por los sucesos del momento. Sentían una fuerte presión por integrarse en la guerrilla. En aquel entonces yo vivía con un compañero a un lado de la villa de emergencia de Bajo Flores de Buenos Aires. Ambos éramos profesores de teología en dos universidades distintas. Queríamos dar testimonio de que, aunque la miseria existía, era posible hacer algo por los pobres con medios pacíficos. La Iglesia oficial y nuestros superiores nos encomendaron, pues, la misión de ir a vivir entre los pobres. Pero mucha gente que sostenía convicciones políticas de extrema derecha veía con malos ojos nuestra presencia en las villas miseria (chabolas). Interpretaban el hecho de que viviéramos allí como un apoyo a la guerrilla y se propusieron denunciarnos como terroristas. Nosotros sabíamos de dónde soplaba el viento y quién era responsable de estas calumnias. De modo que fui a hablar con la persona en cuestión y le expliqué que estaba jugando con nuestras vidas. El hombre me prometió que haría saber a los militares que no éramos terroristas. Por declaraciones posteriores de un oficial y el testimonio de treinta documentos a los que pude acceder más tarde, pudimos comprobar, sin lugar a dudas, que este hombre no había cumplido su promesa, sino que, por el contrario, había presentado una falsa denuncia ante los militares. Baste esto, por el momento, como marco general de los acontecimientos.

El 23 de mayo de 1976, un domingo por la mañana, trescientos soldados fuertemente armados y patrulleros policiales rodearon nuestra casucha situada al lado de la villa miseria. Después de copar toda la zona, penetraron brutalmente en nuestra vivienda, nos sujetaron las manos a la espalda, nos encapucharon, casi asfixiándonos, y nos secuestraron. Durante cinco días estuve tendido sobre un piso de piedra, prácticamente sin comer, encapuchado y con las manos esposadas a la espalda. Mientras tanto, mi compañero las estaba pasando bastante peor que yo. Le habían administrado drogas, para que así, narcotizado, dijera lo que de otro modo no diría. Más tarde nos enteramos por algunos oficiales de que, contra todo lo esperado, comenzó a hablar de Dios y Jesucristo. Los militares quedaron muy impresionados. Habían creído que éramos terroristas. Al quinto día nos trasladaron a una vivienda particular. Nos quitaron las capuchas y, en su lugar, nos colocaron vendas sobre los ojos, con lo cual dejamos de sentirnos asfixiados. En vez de sujetarnos las manos a la espalda, nos esposaron por delante, lo que significó un alivio al estar acostados.

Ese mismo día se acercó a nosotros un oficial y nos comunicó que éramos inocentes y que él se ocuparía de que pudiésemos volver lo antes posible a nuestra villa miseria. Estas fueron las últimas palabras que escuchamos con relación a nuestro secuestro que duró cinco meses. Hasta el final de nuestro cautiverio estuvimos esposados. En todo momento tuvimos una pierna sujeta a una pesada bala de cañón. Hasta el momento de la liberación permanecimos con los ojos vendados.

Mucho antes, los dos habíamos comenzado a meditar con la simple repetición del nombre de Jesús. Según pasaban los días, de la mañana a la noche, repetíamos esta sencilla oración.

Cuando al quinto día el oficial nos aseguró que saldríamos en libertad, evidentemente comunicó esta decisión a los ocho suboficiales que nos vigilaban. Uno de ellos nos informó aquella misma noche que las excarcelaciones siempre tenían lugar los sábados. Me alegré, pues era viernes.

Pero pasó el sábado y no nos liberaron. Me puse furioso. La injusticia de verme privado de mi libertad, pese a mi manifiesta inocencia, me provocaba un profundo sentimiento de impotencia e ira. Esta ira estaba dirigida principalmente hacia el hombre que había hecho la falsa denuncia contra nosotros. Después de pasar un día sumergido en esta rabia impotente, me dominó un miedo intenso: «¿Qué sucederá?». Volvía a tomar forma el fantasma de la ejecución. El miedo, asociado a un estremecimiento interior, me

duró un día y medio. Luego me invadió la depresión: «¡Todo está perdido!».

Ni siquiera hoy me parece exagerado aquel sentimiento. Cuando varios años más tarde fueron procesados los comandantes responsables, de las seis mil personas que sólo este grupo militar había secuestrado, los únicos testigos supervivientes éramos nosotros dos. Todos habían sido asesinados.

Al cuarto día me invadió una tristeza indescriptible. Debí pasar otro día más hasta que al fin pude llorar. El llanto duró horas enteras. Sólo entonces me sentí aliviado y pude tranquilizarme. Lleno de esperanza aguardaba el sábado siguiente, que no estaba muy lejano, pues gran parte de la semana ya había transcurrido inmerso, como estaba, en las reacciones dichas. Como tampoco fuimos liberados en esta ocasión se repitió el mismo proceso: ira, miedo, depresión, tristeza y llanto. En tres o cuatro días recorría toda la gama de estos sentimientos. Nuevamente se prendía la luz de esperanza aguardando el sábado siguiente. Este proceso interior se reiteraba todas las semanas de la misma manera a lo largo de tres meses y medio. Mientras tanto, seguía repitiendo el nombre de Jesús en mis meditaciones. Pese a mi indignación interior y a los sentimientos agitados que me embargaban, en todo momento me esforzaba por perdonar. También oraba por nuestros perseguidores y por aquellos que eran culpables de nuestro secuestro.

Después de tres meses y medio, los ciclos de este proceso se hicieron más breves, aunque se repitieron día a día hasta la fecha de nuestra liberación: ira, miedo, depresión, tristeza y llanto, con algún día más sosegado de vez en cuando.

Después de mi liberación, mis amigos insistieron en que pasara cierto tiempo en el extranjero, y así pasé más de un año en los Estados Unidos, con la esperanza de retornar pronto a Argentina.

Cuando después de un año mi regreso no se consideró aún aconsejable, me trasladé a Alemania. Comencé a guiar a otros en sus ejercicios espirituales y fui notando cada vez más que en mi interior se había operado un profundo cambio. Había desaparecido por completo esa leve depresión subliminal que yo siempre había padecido, como también cierta agresividad que me era propia. Nunca volví a sentir las. Los meses de secuestro y prisión y la proximidad de la muerte, unidos a la constante repetición del nombre de Jesús, habían provocado una purificación profunda en mi interior.

No he hecho más que describir muy brevemente el cautiverio de meses que sufrí, con todas las impresiones y experiencias trascendentes que trajo consigo. Pero creo que bastará para ilustrar

cómo me fue dada una increíble transformación en la quietud de la meditación. La quietud puede poner en movimiento muchas cosas en el interior del hombre. Al prestar atención a Jesucristo, nos comunicamos con su poder sanador.

Desearía describir con más detalle este proceso de purificación que se produce cuando pasamos largos periodos en quietud, es decir, también durante los ejercicios espirituales.

b) *En el desierto nos vemos cara a cara con las tinieblas*

Lo único que los sinópticos relatan en relación a la permanencia de Jesús en el desierto son las tentaciones del demonio (Lc 4, 1-13). En esta descripción, veo el «diario de Jesús» para sus ejercicios. Llama la atención que no se refieran experiencias espirituales de importancia ni encuentros reconfortantes con su Padre, sino únicamente tres crisis. De paso nada más, se señala cómo después de estas crisis vinieron ángeles para servirle (Mt 4, 11).

En los siglos IV y V de nuestra era había más de diez mil ermitaños y monjes en el desierto egipcio. Se les denomina padres del desierto. Allí buscaban la soledad, procurando imitar la vida de Jesús en el desierto. También ellos nos informan acerca de sus contiendas con el demonio.

Al exponerse a la experiencia del desierto, el buscador se enfrenta con lo tenebroso y traba lucha con los poderes de las tinieblas. ¿Qué ocurre durante este conflicto en el desierto? ¿Por qué es precisamente en el desierto donde los hombres se ven confrontados con «el Malo»? Nos detendremos ahora a considerarlo.

Todo hombre lleva en su interior cosas buenas y malas, la luz y la sombra. No nos gusta reconocer el lado oscuro de nuestro interior. Reprimimos nuestros aspectos sombríos desplazándolos hacia el subconsciente y nos creamos una imagen propia, compuesta únicamente de cualidades positivas. Poco a poco nos vamos convenciendo de que somos como desearíamos ser.

Pero todo hombre se lleva a sí mismo adondequiera que vaya. Así es que en todo momento llevamos nuestros aspectos sombríos con nosotros. Participan de todos nuestros actos y a menudo los determinan aun en contra de nuestros propósitos. Por ejemplo, deseamos amar a todos los seres humanos. Pero en realidad nuestros contactos no parecen demostrarlo. Pese a la firme voluntad de querer bien a todos los hombres, nos comportamos con impaciencia, rechazo o agresividad. A menudo nos sorprenden nuestras

bién recomendando que de vez en cuando coloquen una foto de sus padres sobre la mesa, como señal de que siempre pueden estar presentes. No en vano se nos dice en los diez mandamientos que debemos honrar a nuestros padres.

Tratándose de personas profundamente religiosas, es frecuente que se den heridas dolorosas cuyo origen está en la Iglesia. Muchos cristianos comprometidos sufrieron ofensas lacerantes por parte de algún representante de la Iglesia. El abuso de autoridad eclesiástica abre muchas heridas, y esto es sumamente lamentable. También en estos casos hay que aprender a perdonar.

Aprender a perdonarnos a nosotros mismos es igualmente parte del aprendizaje del perdón, pues siempre corren paralelos el perdón que se otorga a los demás, a Dios y a uno mismo. Todo perdón es, pues, perdón que uno se da a sí mismo.

Todo lo que sucede y como sucede nos es dado para llevarnos al Padre por el camino más directo.



f) *Otro recuerdo*

En la quinta parte de este libro hice un relato del secuestro del que fui víctima en la Argentina en 1976. Lo completaré con otra experiencia que tuve, relacionada con lo mismo.

Durante los meses que duró el secuestro, se produjo en mí una profunda purificación de la que sólo tomé conciencia casi dos años después. Viví, además, un epílogo que tiene que ver con el perdón.

Entre tanto, muchas personas han demostrado que fuimos denunciados como terroristas sin ser culpables. Sabíamos que una persona había hecho correr este rumor, haciendo creíble la calumnia valiéndose de su autoridad. A juzgar por declaraciones posteriores de testigos, esta persona testificó ante los oficiales que nos secuestraron que habíamos trabajado en la escena de la acción terrorista. Poco antes, yo le había manifestado a dicha persona que estaba jugando con nuestras vidas. Debió tener conciencia de que nos mandaba a una muerte segura con sus declaraciones. No hace falta relatar más. Muchas veces pensé que nuestra historia era tan increíble que yo mismo no la creería si otro me la contara.

Es fácil imaginar los sentimientos de impotencia, rabia y rencor que tuve hacia esta persona y su camarilla mientras duró el secuestro. Pero todo el tiempo oré por él y sus cómplices. Mucho se purificó dentro de mí en esos meses, pero la rabia sólo se aplacó

en parte. Día a día rezaba por estas personas y rogaba a Dios que mi calvario les trajera algún beneficio. Lo hacía con determinación, con el propósito de perdonarles; pese a que al mismo tiempo tenía sentimientos totalmente contrapuestos.

Después de mi liberación viajé a Norteamérica. Durante dos años procuré dar publicidad a los hechos para lograr mi rehabilitación. Tenía en mi poder más de treinta documentos escritos que demostraban palmariamente los atropellos contra los derechos humanos cometidos contra nosotros. Pero fue en vano, pues todas las puertas se mantuvieron cerradas.

Al cabo de un año y medio abandoné el propósito de regresar a la Argentina y me fui a Alemania. A partir de este momento rogué a todos los involucrados que dejaran de abogar por el esclarecimiento de las injusticias cometidas. Ya no lo necesitaba. Mi rabia e impotencia habían disminuido y sólo esporádicamente volvían a aparecer. Mi modo de manejarme con mis sentimientos siguió siendo el mismo. Los contemplaba una y otra vez y oraba a Dios por los culpables. También me ayudaron la distancia y el hecho de no necesitar ya la rehabilitación. Un factor que me resultaba doloroso, empero, era que pese a la distancia no cesaban las mentiras, calumnias y acciones injustas contra mi persona.

Cuatro años después de mi secuestro la orden me encomendó que dirigiera el llamado «terceronado» para un grupo de compañeros. Se trata de la última fase de formación espiritual de los jóvenes sacerdotes. Para prepararme, yo mismo hice ejercicios durante treinta días. El último día, mientras paseaba por el bosque, me pregunté qué rectificaciones o cambios convenía que hiciera en mi vida. Súbitamente tomé conciencia de que, si bien perdonaba una y otra vez a mis perseguidores, seguía guardando en el armario los documentos de prueba de su delito. Aparentemente seguía con la secreta intención de utilizarlos alguna vez contra ellos. Volví a casa y los quemé. Fue un paso importante.

En esta época pensaba a menudo en san Juan de la Cruz, por quien siempre sentí profunda veneración. Sus compañeros lo retuvieron en prisión durante meses. También comprendí que Jesucristo nunca había sido rehabilitado. Sus apóstoles y los demás creyentes reconocieron la verdad, pero para la opinión pública siguió siendo un delincuente ajusticiado por acciones dignas de castigo.

Ocho años después de mi secuestro tuve que viajar a Roma para participar en un encuentro de maestros de tercerones europeos. En un intervalo, el superior mayor de nuestra orden jesuítica me preguntó si finalmente todo estaba arreglado. Pensé que al dirigirse

a mí de esta manera demostraba su interés personal y le solicité una entrevista más prolongada. Le relaté todo o casi todo, e insistí en que ya no emprendiera nada relacionado con mi rehabilitación. Le manifesté que tenía mi trabajo y estaba satisfecho, y ya no dependía de una clarificación objetiva de los hechos. En este diálogo me invadió por última vez un dolor como nunca lo había sentido. Ya no era rabia, sólo era dolor. No pude contener las lágrimas delante de mi superior mayor. Desde entonces me siento verdaderamente libre y puedo decir que «he perdonado de todo corazón». Ya no siento resentimiento, rencor ni dolor por lo sucedido. Por el contrario, agradezco esta experiencia, que es parte indisoluble de mi vida. El proceso de purificación me llevó ocho años. Al fin, los últimos restos de rencor desaparecieron. Quizá esto pueda servir de aliento para aquellos que sufrieron algo parecido y a quienes les cuesta perdonar.

2. Indicaciones para la meditación

Aún nos quedan «tres tiempos». Es el momento en que los ejercitantes dirigen la mirada hacia el futuro. Se aproxima el retorno a la vida cotidiana y se insinúan las preocupaciones e intereses que llenarán las semanas por venir. Imperceptiblemente va ganando terreno la impresión de que los ejercicios han cumplido su ciclo y se puede relajar un poco el orden acostumbrado. Les insto a no caer en estas trampas. Si usted hizo los ejercicios a conciencia, ha sido llevado a un nivel más profundo, lo sienta o no. Sería de lamentar que abandonara este nivel antes de tiempo. Se parecería a un escalador de alta montaña que da la vuelta hallándose a cien metros de la cima, argumentando que prácticamente ya ha llegado arriba.

También podría ser que lo invada el aburrimiento. Es una señal de que algo se ha puesto en movimiento. Sería conveniente que también pudiera sobreponerse a este estado.

Por lo demás, espero que medite al menos seis horas diarias, guarde escrupuloso silencio, no lea, no converse, se mantenga en contacto asiduo con la naturaleza y se sienta bien.